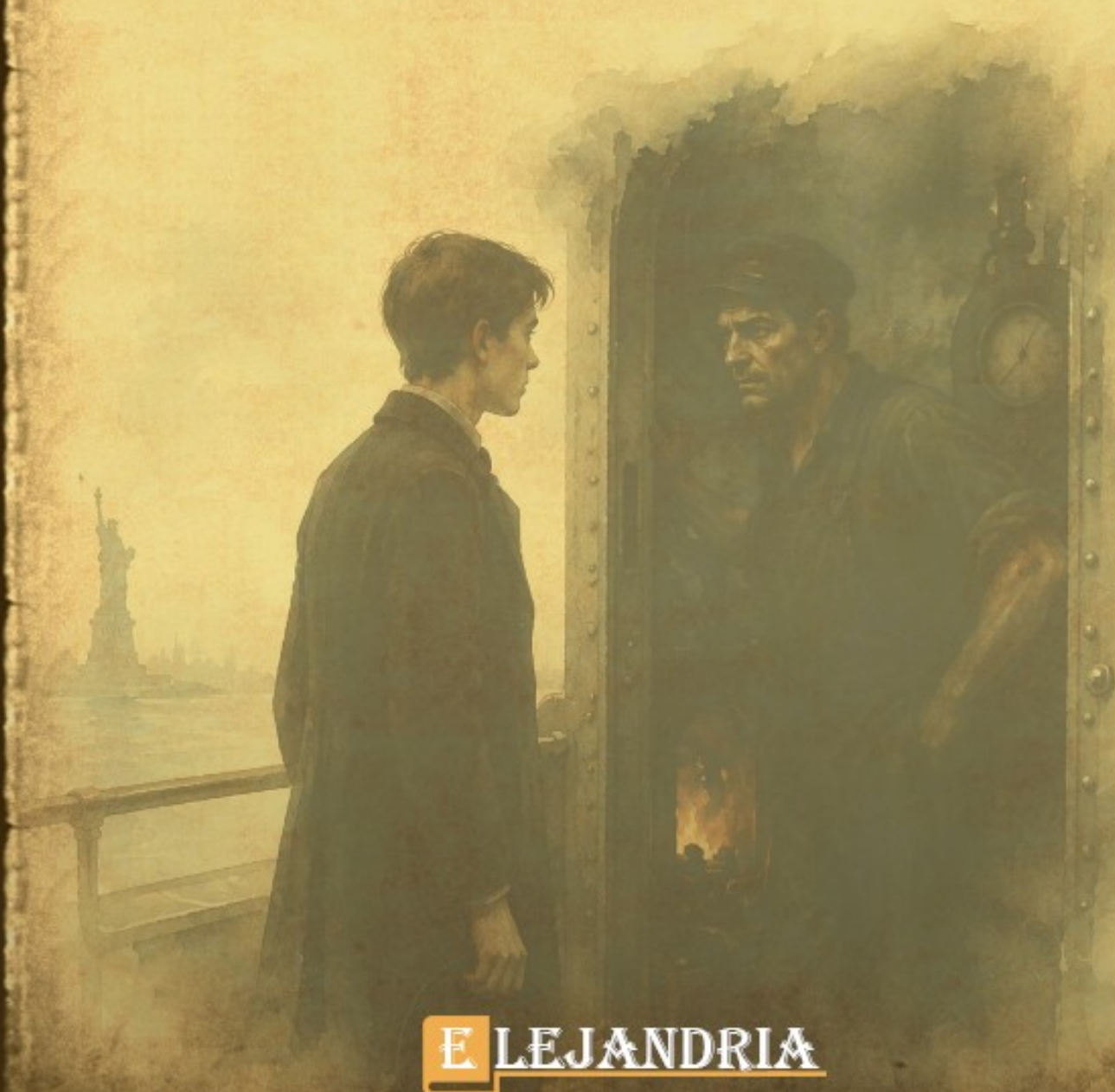


Franz Kafka

El Fogonero



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL FOGONERO

FRANZ KAFKA

PUBLICADO: 1913

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: KURT WOLFF VERLAG, LEIPZIG, 1913

EL FOGONERO

Cuando Karl Rossmann, de dieciséis años, a quien sus pobres padres habían enviado a América porque una criada lo había seducido y había tenido un hijo suyo, entró en el puerto de Nueva York a bordo del barco, que ya navegaba despacio, vio la estatua de la diosa de la Libertad, que llevaba ya un buen rato observando, como bajo una luz solar que de pronto se hubiera vuelto más intensa. Su brazo, portador de la espada, se erguía como recién alzado, y en torno a su figura soplaban los aires libres.

—¡Qué alta! —se dijo, y, como no pensaba en absoluto en marcharse, la multitud cada vez más creciente de mozos de equipaje que pasaban junto a él lo fue empujando poco a poco hasta la barandilla de cubierta.

Un joven con quien había trabado un conocimiento fugaz durante la travesía le dijo al pasar: —¿Todavía no tiene ganas de desembarcar? —Sí, ya estoy listo —dijo Karl, riéndole, y, por pura bravuconería, y porque era un muchacho fuerte, se echó el baúl al hombro. Pero al mirar hacia su conocido, que ya se alejaba con los demás blandiendo levemente su bastón, advirtió consternado que había olvidado su propio paraguas abajo, en el barco. Rogó de prisa al conocido, que no pareció muy complacido, la gentileza de esperar un momento junto a su baúl, echó todavía un vistazo a la situación para orientarse a la vuelta y se alejó corriendo. Abajo encontró, para su pesar, un pasillo que le habría acertado mucho el camino cerrado por primera vez, lo cual probablemente tenía que ver con el desembarco de todos los pasajeros, y tuvo que buscarse penosamente el camino a través de una infinidad de cuartitos, por escaleras cortas que se sucedían sin cesar, por corredores que giraban continuamente, por una habitación vacía con un escritorio

abandonado, hasta que, en efecto, como solo había recorrido ese camino una o dos veces y siempre en compañía numerosa, se había extraviado por completo. En su desconcierto, y como no se topaba con nadie y solo oía continuamente sobre sí el roce de mil pies humanos, y a lo lejos, como un hálito, percibía el último trabajo de las máquinas ya detenidas, se puso, sin pensarlo, a golpear una puertecita cualquiera, ante la cual se había detenido en su deambular.

—Está abierto —gritaron desde dentro, y Karl abrió la puerta con un suspiro sincero de alivio. —¿Por qué da esos golpes tan disparatados en la puerta? —preguntó un hombre gigantesco, apenas si miró a Karl. Por algún tragaluz caía una luz turbia, gastada ya hacía tiempo en lo alto del barco, sobre el mísero camarote, en el que una cama, un armario, un sillón y el hombre estaban apretados uno junto a otro, como almacenados. —Me he perdido —dijo Karl—, no me había dado cuenta durante la travesía, pero es un barco terriblemente grande. —Sí, en eso tiene usted razón —dijo el hombre con cierto orgullo, sin dejar de manipular la cerradura de un baulito pequeño, que apretaba una y otra vez con ambas manos para escuchar si el pestillo encajaba. —¡Pero entre usted! —siguió diciendo el hombre—. ¡No se va a quedar ahí fuera! —¿No molesto? —preguntó Karl. —¡Bah, cómo va usted a molestar! —¿Es usted alemán? —quiso todavía cerciorarse Karl, pues había oído hablar mucho de los peligros que, sobre todo por parte de los irlandeses, amenazaban a los recién llegados a América. —Lo soy, lo soy —dijo el hombre. Karl seguía vacilando. Entonces el hombre agarró de improviso el picaporte y, cerrando rápidamente la puerta, empujó a Karl hacia dentro, junto a sí. —No puedo soportar que me miren desde el pasillo —dijo el hombre, que volvía a atarearse con su baúl—; todo el mundo pasa por delante y mira hacia dentro, ¡eso no lo aguanta ni el más pintado! —Pero si el pasillo está completamente vacío —dijo Karl, que permanecía incómodamente apretujado contra la columna de la cama. —Sí, ahora —dijo el hombre. «Pero lo que importa es el ahora», pensó Karl, «con este hombre es difícil hablar». —Tumbese en la cama, ahí tendrá más sitio —dijo el hombre. Karl se metió dentro como pudo, y se rió a carcajadas de su primer intento fallido de encaramarse. Pero apenas estuvo en la cama, exclamó: —¡Dios mío, me he olvidado por completo de mi baúl! —¿Dónde está? —Arriba, en cubierta, un conocido lo está vigilando. ¿Cómo se llamaba? Y sacó de un bolsillo secreto, que su madre le había cosido en el forro del abrigo para el viaje, una tarjeta de visita. —Butterbaum, Franz Butterbaum.

— ¿Le hace mucha falta el baúl? — Naturalmente. — Entonces, ¿por qué se lo ha dado a un desconocido? — Había olvidado mi paraguas abajo y corrí a buscarlo, pero no quise arrastrar el baúl conmigo. Y encima me perdí. — ¿Está usted solo? ¿Sin compañía? — Sí, solo. «Quizá debería atenerme a este hombre», se le pasó a Karl por la cabeza, «¿dónde voy a encontrar así, de repente, un amigo mejor?». — Y ahora, encima, ha perdido también el baúl. Del paraguas ni hablo. Y el hombre se sentó en el sillón, como si el asunto de Karl hubiese ganado ahora cierto interés para él. — Pero creo que el baúl todavía no está perdido. — La fe salva — dijo el hombre, y se rascó con fuerza su pelo oscuro, corto y espeso —; en el barco, las costumbres cambian con los puertos. En Hamburgo, puede que su Butterbaum hubiera vigilado el baúl; aquí, lo más probable es que ya no quede rastro de ninguno de los dos. — Pero entonces tengo que subir enseguida a ver — dijo Karl, y miró a su alrededor para ver cómo podría salir. — Quédese donde está — dijo el hombre, y con una mano lo empujó contra el pecho, de forma bastante brusca, de vuelta a la cama. — ¿Por qué? — preguntó Karl, enfadado. — Porque no tiene ningún sentido — dijo el hombre —; dentro de un ratito me voy yo también, y entonces iremos juntos. O el baúl está robado, y entonces no hay remedio, o el hombre sigue todavía vigilándolo, y entonces es un necio y que siga vigilando, o simplemente es una persona honrada y ha dejado el baúl donde estaba, en cuyo caso lo encontraremos tanto mejor cuanto más se haya vaciado el barco. Y lo mismo su paraguas. — ¿Conoce usted bien el barco? — preguntó Karl con desconfianza, pues le pareció que la idea, por lo demás convincente, de que en un barco vacío sus cosas se encontrarían mejor, tenía un truco oculto. — Soy fogonero de a bordo — dijo el hombre. — ¡Es usted fogonero! — exclamó Karl con alegría, como si eso superara todas las expectativas, y miró al hombre más de cerca, apoyado en el codo—. Justo delante del camarote donde dormía con los eslovacos había una escotilla por la que se veía la sala de máquinas. — Sí, ahí es donde trabajaba yo — dijo el fogonero. — Siempre me ha interesado tanto la técnica — dijo Karl, que seguía enredado en un cierto hilo de pensamiento —, y seguro que más adelante habría llegado a ingeniero, si no hubiera tenido que venirme a América. — ¿Y por qué tuvo que venirse? — ¡Bah, qué más da! — dijo Karl, y apartó con la mano toda la historia. Al mismo tiempo miró sonriendo al fogonero, como pidiéndole indulgencia por lo que no confesaba. — Ya tendría usted sus motivos — dijo el fogonero, y no se sabía bien si con eso quería exigir que se contara ese motivo o más bien evitarlo. — Aho-

ra podría hacerme fogonero yo también —dijo Karl—; a mis padres ahora les da completamente igual lo que sea de mí. —Mi puesto va a quedar libre —dijo el fogonero, y, plenamente consciente de ello, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y echó sobre la cama, para estirarlas, las piernas, embutidas en un pantalón arrugado, de un gris hierro y con aspecto de cuero. Karl tuvo que arrimarse más a la pared. —¿Deja usted el barco? —Así es, hoy mismo nos marchamos. —¿Por qué? ¿No le gusta? —Bueno, así son las circunstancias; no siempre decide si a uno le gusta o no. Por lo demás, tiene usted razón, tampoco me gusta a mí. Usted probablemente no piensa en serio en hacerse fogonero, pero es justo entonces cuando más fácil resulta llegar a serlo. Así que se lo desaconsejo rotundamente. Si quería estudiar en Europa, ¿por qué no quiere hacerlo aquí? Las universidades americanas son incomparablemente mejores que las europeas. —Es posible —dijo Karl—, pero apenas tengo dinero para estudiar. Es verdad que leí sobre alguien que trabajaba de día en un negocio y estudiaba de noche, hasta que llegó a doctor y creo que hasta alcalde, pero para eso hace falta una gran constancia, ¿no? Me temo que a mí me falta. Además, tampoco era yo un alumno especialmente bueno; la verdad es que despedirme de la escuela no me costó ningún esfuerzo. Y las escuelas de aquí quizá sean todavía más severas. Apenas sé nada de inglés. En general, creo que aquí se tiene mucha prevención contra los extranjeros. —¿Ya se ha dado cuenta de eso también? Bueno, entonces está bien. Entonces es usted mi hombre. Mire, estamos en un barco alemán, pertenece a la línea Hamburgo-América, ¿por qué no somos aquí todos alemanes? ¿Por qué el primer maquinista es rumano? Se llama Schubal. Es que no hay quien se lo crea. Y ese canalla nos explota a los alemanes en un barco alemán. No vaya a creer usted —se le acabó el aliento, agitó la mano— que me quejo por quejarme. Ya sé que usted no tiene ninguna influencia y que es usted mismo un pobre muchacho. ¡Pero esto es demasiado! Y golpeó varias veces la mesa con el puño, sin apartar de ella la vista mientras golpeaba. —He servido ya en tantos barcos —y encadenó veinte nombres seguidos como si fueran una sola palabra; Karl se quedó del todo confundido— y me he distinguido, he sido elogiado, he sido un trabajador del gusto de mis capitanes, incluso estuve varios años en el mismo velero mercante —se puso en pie, como si aquello fuera la cumbre de su vida— y aquí, en este cascarón, donde todo está reglamentado a rajatabla, donde no hace falta ni pizca de ingenio, aquí no valgo para nada, aquí siempre estoy en medio del camino de Schubal, soy un vago, merezco que me echen a

la calle y recibo mi sueldo por pura gracia. ¿Lo entiende usted? Yo no. — Eso no puede permitirlo — dijo Karl, exaltado. Había perdido casi por completo la sensación de estar sobre el suelo inseguro de un barco, en la costa de un continente desconocido; tan a gusto se sentía allí, en la cama del fogonero. — ¿Ha estado ya con el capitán? ¿Ha ido ya a buscar allí su derecho? — Ah, váyase, váyase mejor de aquí. No quiero tenerlo aquí. No escucha lo que digo y encima me da consejos. ¡Cómo voy a ir yo al capitán! Y el fogonero, cansado, volvió a sentarse y hundió el rostro entre ambas manos.

«Un consejo mejor no puedo darle», se dijo Karl. Y en general le pareció que habría hecho mejor en ir a buscar su baúl, en lugar de estar allí dando consejos que, al fin y al cabo, solo se tenían por necedades. Cuando su padre le había entregado el baúl para siempre, le había preguntado en broma: «¿Cuánto tiempo lo conservarás?», y ahora quizá aquelpreciado baúl estuviera perdido de verdad. El único consuelo era que el padre difícilmente podría enterarse de su situación actual, aunque quisiera indagar. Lo único que la compañía naviera podría llegar a decirle era que había llegado hasta Nueva York. Pero a Karl le dolía no haber usado apenas las cosas del baúl, a pesar de que, por ejemplo, hacía ya tiempo que necesitaba cambiarse de camisa. Había ahorrado, pues, en el lugar equivocado; ahora que, precisamente al comienzo de su carrera, le habría hecho falta presentarse limpio y bien vestido, tendría que aparecer con la camisa sucia. Por lo demás, la pérdida del baúl no habría sido tan grave, pues el traje que llevaba puesto era incluso mejor que el que había en el baúl, que en realidad no era más que un traje de repuesto que la madre había tenido que remendar poco antes de la partida. Ahora recordaba también que en el baúl quedaba todavía un trozo de salchichón de Verona que la madre le había metido como regalo extra, del cual, sin embargo, solo había podido comerse la parte más pequeña, pues durante la travesía había estado completamente sin apetito, y la sopa que se repartía en el entrepuente le había bastado y sobrado. Ahora, en cambio, le habría gustado tener a mano el embutido para agasajar con él al fogonero, pues a esa clase de gente se la gana fácilmente con solo deslizarle alguna pequeñez; eso lo sabía Karl por su padre, que se ganaba, repartiendo cigarrillos, a todos los empleados subalternos con quienes tenía tratos de negocios. Ahora, de lo que podía regalar, a Karl solo le quedaba su dinero, y eso, en caso de haber perdido ya quizá el baúl, no quería tocarlo por el momento. Sus pensamientos volvieron de nuevo al baúl, y ahora realmente no lo-graba entender por qué lo había vigilado con tanta atención durante la trave-

sía, hasta el punto de que aquella vigilancia casi le había costado el sueño, si ahora había dejado que le quitaran ese mismo baúl con tanta facilidad. Se acordó de las cinco noches durante las cuales había tenido bajo sospecha continua a un pequeño eslovaco que dormía dos literas a su izquierda, convencido de que le tenía echado el ojo al baúl. Aquel eslovaco solo esperaba a que Karl, vencido al fin por el cansancio, se adormeciera un instante, para poder arrastrar el baúl hacia sí con una vara larga con la que siempre jugaba o hacía prácticas durante el día. De día, aquel eslovaco parecía bastante inocente, pero apenas llegaba la noche, se levantaba de vez en cuando de su camastro y miraba con tristeza hacia el baúl de Karl. Karl podía distinguirlo con toda claridad, pues siempre había alguien que, con la inquietud propia del emigrante, encendía una lucecita, aunque estaba prohibido por el reglamento del barco, y trataba de descifrar los incomprensibles folletos de las agencias de emigración. Si esa luz estaba cerca, Karl podía adormilarse un poco; pero si estaba lejos, o si había oscuridad, tenía que mantener los ojos abiertos. Aquel esfuerzo lo había dejado bastante agotado, y ahora quizá hubiera sido del todo en vano. ¡Ese Butterbaum, como llegara a encontrárselo alguna vez en alguna parte!

En ese instante resonaron fuera, a lo lejos, rompiendo la calma hasta entonces absoluta, unos golpecitos breves, como de pies de niño; se fueron acercando con un sonido cada vez más intenso, hasta convertirse en la marcha tranquila de varios hombres. Iban, evidentemente, como era natural en el estrecho pasillo, en fila, y se oía un entrechocar como de armas. Karl, que ya había estado a punto de tenderse en la cama para dormir libre de toda preocupación por el baúl y por los eslovacos, se sobresaltó y dio un codazo al fogonero para llamarle por fin la atención, pues la comitiva parecía haber llegado ya con su cabeza justo a la puerta. —Es la banda del barco —dijo el fogonero—; han tocado arriba y ahora van a guardar los instrumentos. Ya está todo listo y podemos irnos. ¡Venga! Cogió a Karl de la mano, tomó todavía en el último instante una imagen enmarcada de la Virgen que colgaba de la pared sobre la cama, se la metió en el bolsillo del pecho, agarró su baúl y salió de prisa del camarote con Karl.

—Ahora voy al despacho y les voy a decir a esos señores lo que pienso. Ya no queda ningún pasajero, no hay por qué tener miramientos. Esto lo repetió el fogonero de diversas maneras, y al andar quiso aplastar de un puntapié lateral a una rata que le cruzaba el camino, pero solo consiguió empujar-

la más deprisa hacia el agujero, que ella alcanzó todavía a tiempo. Era, en general, lento en sus movimientos, pues, aunque tenía las piernas largas, le pesaban demasiado.

Pasaron por una sección de la cocina, donde algunas muchachas con delantales sucios —se los mojaban a propósito— lavaban vajilla en grandes barreños. El fogonero llamó a una tal Line, le pasó el brazo por la cintura y la llevó un trecho consigo, mientras ella se apretaba coqueta una y otra vez contra su brazo. —Ahora hay pago de sueldos, ¿quieres venir? —le preguntó. —¿Para qué me voy a molestar? Mejor tráeme tú el dinero —respondió ella, se escurrió por debajo de su brazo y echó a correr—. ¿Dónde has pescado a ese muchacho tan guapo? —gritó todavía, pero ya no esperaba respuesta. Se oyó la risa de todas las muchachas, que habían interrumpido su trabajo.

Pero siguieron adelante y llegaron a una puerta que tenía arriba un pequeño frontón, sostenido por unas cariátides doradas en miniatura. Para tratarse de un barco, aquello resultaba bastante suntuoso. Karl, según advirtió, nunca había estado en aquella zona, reservada probablemente durante la travesía a los pasajeros de primera y segunda clase, mientras que ahora, de cara a la gran limpieza del barco, se habían desmontado las puertas de separación. En efecto, ya se habían cruzado con algunos hombres que llevaban escobas al hombro y que habían saludado al fogonero. Karl se maravillaba de aquel gran movimiento; en su entropuerto, la verdad, había sabido poco de todo aquello. A lo largo de los pasillos corrían también cables de instalaciones eléctricas, y se oía continuamente una campanilla.

El fogonero llamó respetuosamente a la puerta y, cuando dijeron «adelante» desde dentro, invitó a Karl con un ademán a entrar sin miedo. Karl entró, en efecto, pero se quedó de pie junto a la puerta. Ante las tres ventanas de la sala vio las olas del mar, y al contemplar su movimiento alegre le dio un vuelco el corazón, como si no hubiera estado viendo el mar sin interrupción durante cinco largos días. Grandes barcos cruzaban sus rutas unos con otros y solo cedían al oleaje en la medida que les permitía su propio peso. Si se entornaban los ojos, aquellos barcos parecían bambolearse de puro pesados. En sus mástiles llevaban banderas estrechas pero largas que, aunque tensadas por la marcha, seguían ondeando de un lado a otro. Probablemente desde algún buque de guerra resonaban disparos de salva; los cañones de uno de esos barcos, que pasaba no demasiado lejos, resplandecientes con el

reflejo de su blindaje de acero, parecían mecidos por la marcha segura, tersa y, sin embargo, no del todo horizontal. Los barquitos y botes pequeños solo podían observarse, al menos desde la puerta, a lo lejos, entrando en tropel por los huecos entre los grandes barcos. Detrás de todo aquello se erguía Nueva York y miraba a Karl con las cien mil ventanas de sus rascacielos. Sí, en aquella sala se sabía dónde se estaba.

En torno a una mesa redonda estaban sentados tres señores: uno, un oficial de a bordo con uniforme azul de marino; los otros dos, funcionarios de la autoridad portuaria, con uniformes negros, americanos. Sobre la mesa había, apilados en gran altura, diversos documentos que el oficial, pluma en mano, repasaba primero por encima, para pasárselos luego a los otros dos, que unas veces los leían, otras extraían notas de ellos, otras los guardaban en sus carteras, a no ser que uno de ellos, que producía casi sin cesar un pequeño ruido con los dientes, le estuviera dictando algo a su colega para un acta.

Junto a la ventana, sentado a un escritorio y de espaldas a la puerta, había un señor más bien bajo que manejaba unos infolios enormes, alineados en un estante robusto a la altura de su cabeza. A su lado había una caja abierta, al menos a primera vista vacía.

La segunda ventana estaba libre y ofrecía la mejor vista. Cerca de la tercera, en cambio, había dos señores conversando en voz baja. Uno estaba apoyado junto a la ventana, llevaba también uniforme de marino y jugueteaba con el puño de su espada. Aquel con quien hablaba estaba vuelto hacia la ventana y, de vez en cuando, algún movimiento suyo dejaba al descubierto parte de la hilera de condecoraciones en el pecho del otro. Iba de paisano y llevaba una fina varita de bambú que, como mantenía ambas manos apoyadas en las caderas, sobresalía también como una espada.

Karl no tuvo mucho tiempo para mirarlo todo, pues enseguida se acercó a ellos un ordenanza y preguntó al fogonero, con una mirada como si este no perteneciera a aquel lugar, qué era lo que quería. El fogonero respondió, tan en voz baja como se lo habían preguntado, que quería hablar con el señor cajero jefe. El ordenanza, por su parte, rechazó esta petición con un ademán, pero aun así se dirigió de puntillas, describiendo un gran rodeo para esquivar la mesa redonda, hacia el señor de los infolios. Este señor — se notaba claramente — se quedó como paralizado ante las palabras del ordenan-

za, pero al fin se volvió hacia el hombre que deseaba hablar con él y agitó luego la mano, en rechazo severo, hacia el fogonero y, por si acaso, también hacia el ordenanza. El ordenanza volvió entonces junto al fogonero y le dijo, en un tono como si le confiara un secreto: —¡Lárguese inmediatamente de esta sala!

El fogonero, tras esta respuesta, bajó la mirada hacia Karl, como si este fuera su corazón, al que en silencio le confiaba su aflicción. Sin pensarlo más, Karl se soltó, cruzó corriendo la sala, rozando incluso levemente el sillón del oficial; el ordenanza corrió agachado, con los brazos ya dispuestos a abrazarlo, como si persiguiera a un bicho, pero Karl llegó el primero a la mesa del cajero jefe, donde se agarró bien, por si el ordenanza intentaba arrastrarlo de allí.

Naturalmente, toda la sala se animó al instante. El oficial de a bordo que estaba en la mesa se había puesto en pie de un salto; los señores de la autoridad portuaria miraban con calma, pero con atención; los dos señores de la ventana se habían acercado el uno al otro; el ordenanza, que creyó que ya no tenía sitio allí donde los altos señores mostraban interés, dio un paso atrás. El fogonero, junto a la puerta, esperaba en tensión el momento en que hiciera falta su ayuda. El cajero jefe, por fin, dio en su sillón un gran giro hacia la derecha.

Karl sacó de su bolsillo secreto —que no tuvo reparo en mostrar a las miradas de aquella gente— su pasaporte, que, en lugar de mayor presentación, dejó abierto sobre la mesa. El cajero jefe pareció considerar aquel pasaporte cosa secundaria, pues lo apartó a un lado con dos dedos, tras lo cual Karl, como si aquella formalidad hubiera quedado resuelta a satisfacción, volvió a guardarse el pasaporte.

—Me permito decir —comenzó entonces— que, en mi opinión, se le ha hecho una injusticia al señor fogonero. Aquí hay un tal Schubal que la tiene tomada con él. Él mismo ha servido ya en muchos barcos, que puede nombrarles todos, a plena satisfacción, es diligente, se toma en serio su trabajo, y realmente no se comprende por qué precisamente en este barco, donde el servicio no es tan excesivamente duro como, por ejemplo, en los veleros mercantes, habría de rendir mal. Solo puede tratarse, por tanto, de una calumnia que lo obstaculiza en su ascenso y le priva del reconocimiento que, de otro modo, sin duda no le faltaría. Yo solo he expuesto lo general del

asunto; sus quejas particulares se las expondrá él mismo. Karl había dirigido este discurso a todos los señores, porque, en efecto, todos escuchaban, y le parecía mucho más probable que entre todos ellos se encontrara algún hombre justo, a que ese hombre justo fuera precisamente el cajero jefe. Además, por astucia, Karl había callado que conocía al fogonero desde hacía tan poco tiempo. Por lo demás, habría hablado todavía mucho mejor de no haberse dejado desconcertar por el rostro enrojecido del señor de la varita de bambú, que veía por primera vez desde donde ahora se encontraba.

— Todo es exacto, palabra por palabra — dijo el fogonero, antes de que nadie le hubiera preguntado nada, e incluso antes de que se hubieran fijado siquiera en él. Aquella precipitación del fogonero habría sido un grave error, si el señor de las condecoraciones — que ahora Karl comprendió de pronto que era, sin duda, el capitán — no hubiera decidido ya, evidentemente, escuchar al fogonero. Pues, en efecto, extendió la mano y le gritó al fogonero: — ¡Venga aquí! — con una voz tan firme como para machacarla con un martillo. Ahora todo dependía del comportamiento del fogonero, pues en cuanto a la justicia de su causa, de eso Karl no dudaba.

Afortunadamente, se demostró en esta ocasión que el fogonero ya había corrido mucho mundo. Con ejemplar serenidad, sacó de su baulito, al primer intento, un fajo de papeles y un cuaderno de notas, y se dirigió con ellos, como si aquello se diera por descontado, ignorando por completo al cajero jefe, hacia el capitán, y extendió sus pruebas sobre el alféizar de la ventana. Al cajero jefe no le quedó más remedio que acercarse también. — El hombre es un conocido pleitista — dijo a modo de explicación —; está más tiempo en la caja que en la sala de máquinas. Ha llevado a Schubal, ese hombre tan tranquilo, a la más completa desesperación. ¡Escuche usted! — se dirigió al fogonero —, lleva usted su insistencia realmente demasiado lejos. ¡Cuántas veces lo han echado ya de las salas de pago, como se merece con sus reclamaciones del todo, por completo y sin excepción infundadas! ¡Cuántas veces ha venido corriendo de allí a la caja principal! ¡Cuántas veces se le ha dicho amablemente que Schubal es su superior inmediato, con quien únicamente, como subordinado suyo, tiene usted que arreglárselas! ¡Y ahora viene usted encima, cuando está aquí el señor capitán, y no le da vergüenza incluso molestarlo a él, sino que ni siquiera se avergüenza de traerse, como portavoz adiestrado de sus insulsas acusaciones, a este chiquillo, al que por lo demás veo por primera vez en el barco!

Karl se contuvo a la fuerza para no saltar. Pero ya estaba también allí el capitán, que dijo: —Oigamos al hombre de una vez. Ese Schubal, de todos modos, se me está volviendo con el tiempo demasiado independiente; con esto, sin embargo, no quiero decir nada en favor de usted. Esto último iba dirigido al fogonero; era natural que no pudiera ponerse enseguida de su parte, pero todo parecía ir por buen camino. El fogonero comenzó sus explicaciones y, ya desde el principio, se sobrepuso a sí mismo llamando «señor» a Schubal. ¡Cómo se alegraba Karl junto al escritorio abandonado del cajero jefe, donde apretaba una y otra vez una balanza de cartas de puro placer! —El señor Schubal es injusto. El señor Schubal favorece a los extranjeros. El señor Schubal expulsó al fogonero de la sala de máquinas y lo puso a limpiar retretes, lo cual desde luego no era tarea del fogonero. En un momento dado se puso incluso en duda la competencia del señor Schubal, que sería más aparente que real. En ese punto, Karl clavó la mirada en el capitán con todas sus fuerzas, con familiaridad, como si fuera su colega, solo para no dejarse influir en contra del fogonero por su manera un tanto torpe de expresarse. Con todo, de todos aquellos discursos no se sacaba en limpio nada concreto, y aunque el capitán seguía mirando fijamente al frente, con la determinación en los ojos de escuchar al fogonero hasta el final esta vez, los demás señores empezaban a impacientarse, y la voz del fogonero pronto dejó de reinar sin límites en la sala, lo cual hacía temer varias cosas. El primero en poner en acción su varita de bambú fue el señor de paisano, que golpeó, aunque solo levemente, el parqué. Los demás señores miraron, naturalmente, de vez en cuando hacia allí; los señores de la autoridad portuaria, que evidentemente tenían prisa, volvieron a coger los expedientes y empezaron a repasarlos, aunque todavía algo distraídos; el oficial de a bordo se acercó de nuevo a su mesa, y el cajero jefe, que creía tener el juego ganado, suspiró hondo con ironía. De la distracción general que se iba imponiendo, solo parecía librarse el ordenanza, que compartía en parte los sufrimientos de aquel pobre hombre puesto entre los grandes, y le hizo a Karl un gesto de asentimiento serio, como queriendo explicarle algo con ello.

Mientras tanto, ante las ventanas la vida del puerto seguía su curso: un barco de carga de poco calado, con una montaña de barriles que debían de estar maravillosamente bien estibados para no ponerse a rodar, pasó de largo y sumió la sala en una casi oscuridad; pequeñas lanchas motoras, que Karl, de haber tenido tiempo, habría podido observar con detalle, avanzaban en línea recta al ritmo de los movimientos bruscos de las manos de un hom-

bre que iba de pie al timón; extraños cuerpos flotantes emergían aquí y allá por sí solos del agua inquieta, volvían enseguida a quedar cubiertos y se hundían ante la mirada atónita; los botes de los transatlánticos eran impulsados a remo por marineros que trabajaban con ardor, y estaban llenos de pasajeros que, tal como los habían embutido dentro, permanecían sentados en silencio y expectantes, aunque algunos no podían dejar de girar la cabeza hacia los cambiantes paisajes. ¡Un movimiento sin fin, una inquietud transmitida del elemento inquieto a los hombres indefensos y a sus obras!

Pero todo exhortaba a la premura, a la claridad, a una exposición del todo precisa; ¡y qué hacía el fogonero! Se acaloraba hablando hasta sudar; los papeles sobre el alféizar hacía rato que sus manos temblorosas ya no podían sostener; de todos los puntos cardinales le aflúan quejas contra Schubal, cada una de las cuales, en su opinión, habría bastado para hundir por completo a ese Schubal, pero lo único que podía mostrarle al capitán era un triste torbellino confuso de todas ellas juntas. Hacía ya rato que el señor de la varita de bambú silbaba débilmente hacia el techo; los señores de la autoridad portuaria retenían ya al oficial en su mesa y no daban muestras de querer soltarlo jamás; al cajero jefe, visiblemente, solo la calma del capitán lo contenía de intervenir bruscamente; el ordenanza, en posición de firmes, esperaba de un momento a otro una orden de su capitán referente al fogonero.

Entonces Karl ya no pudo seguir de brazos cruzados. Se dirigió, pues, lentamente hacia el grupo, pensando tanto más deprisa, mientras caminaba, en cómo podría abordar el asunto con la mayor habilidad posible. Era, en efecto, el momento crítico; un ratito más y bien podían salir volando los dos del despacho. El capitán quizá fuera un buen hombre, y además, justo ahora, según le parecía a Karl, tenía algún motivo particular para mostrarse como un superior justo; pero, al fin y al cabo, no era un instrumento al que se pudiera tocar hasta destrozarlo del todo, y precisamente así lo trataba el fogonero, eso sí, movido por su indignación interior sin límites.

Karl le dijo entonces al fogonero: —Tiene usted que contarle de forma más sencilla, más clara; el señor capitán no puede apreciarlo así como usted se lo cuenta. ¿Acaso conoce él a todos los maquinistas y mozos de recados por su apellido, o incluso por su nombre de pila, para que, en cuanto usted pronuncie uno de esos nombres, sepa enseguida de quién se trata? Ordene usted sus quejas, diga primero la más importante y luego las demás en orden decreciente; quizá entonces ya ni siquiera haga falta mencionar la ma-

yoría. ¡A mí siempre me lo ha expuesto usted con tanta claridad! «Si en América se pueden robar baúles, también se puede mentir de vez en cuando», pensó para disculparse.

Pero ¡si al menos hubiera servido de algo! ¿No sería ya demasiado tarde? El fogonero se interrumpió, en efecto, en cuanto oyó la voz conocida, pero con los ojos, del todo velados por las lágrimas del honor viril ofendido, de los recuerdos terribles, de la angustia extrema del momento, ya casi no podía reconocer bien a Karl. ¿Cómo iba a poder ahora —Karl lo comprendió en silencio ante aquel hombre que ahora también callaba— cómo iba a poder ahora cambiar de pronto su manera de hablar, si le parecía que ya había expuesto todo lo que tenía que decir sin obtener el menor reconocimiento, y que, por otro lado, aún no había dicho nada en absoluto, y que sin embargo no podía exigir a aquellos señores que le escucharan todo de nuevo? Y en un momento así llega encima Karl, su único partidario, con la intención de darle buenos consejos, pero en vez de eso, no hace sino mostrarle que todo, todo está perdido.

— Si hubiera venido antes, en lugar de quedarme mirando por la ventana —se dijo Karl, y, bajando el rostro ante el fogonero, se llevó las manos a la costura del pantalón, en señal de que ya no le quedaba ninguna esperanza.

Pero el fogonero lo entendió mal, olfateó en Karl algún reproche secreto contra sí mismo, y con la buena intención de disuadirlo de él, se puso, para coronar sus hazañas, a discutir ahora con Karl. Y esto justo cuando los señores de la mesa redonda estaban ya desde hacía rato indignados por el ruido inútil que entorpecía sus importantes ocupaciones, cuando el cajero jefe empezaba a encontrar incomprensible la paciencia del capitán y se inclinaba a estallar de un momento a otro, cuando el ordenanza, vuelto ya por completo a la esfera de sus señores, medía al fogonero con mirada feroz, y cuando, por fin, el señor de la varita de bambú, hacia quien incluso el capitán dirigía de vez en cuando una mirada amistosa, del todo embotado ya frente al fogonero, más aún, sintiendo repugnancia por él, sacaba una pequeña libreta de notas y, evidentemente ocupado en asuntos muy distintos, dejaba pasear la mirada entre la libreta y Karl.

— Ya lo sé, ya lo sé —dijo Karl, que tenía dificultades para contener la avalancha del fogonero, ahora vuelta contra él, pero que a pesar de todo, en medio de toda la disputa, aún conservaba para él una sonrisa amistosa— ,

tiene usted razón, razón, yo nunca lo he dudado. — De buena gana le habría sujetado las manos que agitaba en el aire, por miedo a que llegara a los golpes; más aún le habría gustado empujarlo hacia un rincón para susurrarle unas pocas palabras de consuelo que nadie más tuviera que oír. Pero el fogonero estaba fuera de sí. Karl empezó incluso a sacar cierto consuelo de la idea de que el fogonero, en caso necesario, podría dominar con la fuerza de su desesperación a los siete hombres allí presentes. Sin embargo, sobre el escritorio, como mostraba una simple mirada, había un tablero con demasiados botones de la instalación eléctrica, y una sola mano, con solo apretarlos, podía hacer que se rebelara todo el barco, con todos sus pasillos llenos de hombres hostiles.

Entonces el señor de la varita de bambú, a pesar de su aparente desinterés, se acercó a Karl y preguntó, no muy alto, pero con claridad, por encima de todo el griterío del fogonero: — ¿Cómo se llama usted, en realidad? En ese instante, como si alguien detrás de la puerta hubiera estado esperando precisamente esas palabras del señor, llamaron. El ordenanza miró hacia el capitán, y este asintió. El ordenanza fue entonces hacia la puerta y la abrió. Fuera estaba, con una vieja levita imperial, un hombre de proporciones medianas que, a juzgar por su aspecto, no parecía en absoluto apto para el trabajo en las máquinas, y que, sin embargo, era — Schubal. Si Karl no lo hubiera reconocido en los ojos de todos, que expresaban cierta satisfacción de la que ni siquiera el capitán estaba libre, lo habría tenido que ver, para su espanto, en el fogonero, que apretaba los puños al final de sus brazos tensos como si aquel puño cerrado fuera lo más importante de él, aquello a lo que estaba dispuesto a sacrificar todo cuanto tenía de vida. En eso residía ahora toda su fuerza, incluso la que en general lo mantenía en pie.

Y allí estaba, pues, el enemigo, desenvuelto y lozano con su traje de gala, bajo el brazo un libro de cuentas, probablemente las listas de sueldos y los certificados de trabajo del fogonero, y miraba, con la franca confesión de que ante todo quería comprobar el estado de ánimo de cada uno, a los ojos de todos, uno tras otro. Los siete eran ya, además, todos amigos suyos, pues aunque el capitán hubiera tenido antes ciertas objeciones contra él, o quizá solo las hubiera fingido, después de lo que el fogonero le había hecho sufrir, ya probablemente no encontraba en Schubal el más mínimo defecto. Con un hombre como el fogonero no se podía proceder con demasiado rigor, y si a Schubal se le podía reprochar algo, era el hecho de no haber logrado, con el

tiempo, quebrar de tal modo la rebeldía del fogonero que este no se hubiera atrevido todavía hoy a presentarse ante el capitán.

Ahora bien, quizá se pudiera suponer todavía que el careo entre el fogonero y Schubal no dejaría de producir ante aquellos hombres el efecto que le habría correspondido ante un tribunal superior, pues aunque Schubal supiera disimular bien, seguramente no podría sostenerlo hasta el final. Un breve destello de su maldad debía bastar para hacerla visible a los señores, y de eso ya se encargaría Karl. Conocía ya, al menos por encima, la perspicacia, las debilidades, los caprichos de cada uno de aquellos señores, y desde ese punto de vista el tiempo pasado allí hasta entonces no había sido en vano. Si al menos el fogonero hubiera estado mejor situado, pero parecía del todo incapaz de luchar. Si se le hubiera puesto a Schubal delante, habría podido machacarle a puñetazos aquel cráneo tan odiado. Pero ni siquiera parecía capaz de dar los pocos pasos necesarios para acercarse a él. ¿Por qué no había previsto Karl algo tan fácil de prever, que Schubal tendría que venir al final, si no por su propia iniciativa, llamado por el capitán? ¿Por qué no había concertado con el fogonero, de camino hacia allí, un plan de batalla preciso, en vez de, como habían hecho en realidad, entrar sin más, del todo desprevenidos, allí donde había una puerta? ¿Podía el fogonero siquiera hablar todavía, decir sí y no, como sería necesario en el interrogatorio que, en el mejor de los casos, aún estaba por llegar? Estaba allí de pie, las piernas separadas, las rodillas un poco dobladas, la cabeza algo levantada, y el aire entraba y salía por la boca abierta como si dentro ya no hubiera pulmones que lo procesaran.

Karl, en cambio, se sentía tan fuerte y tan lúcido como quizá nunca lo había estado en su casa. ¡Si sus padres pudieran verlo ahora, defendiendo el bien en tierra extranjera, ante personalidades respetables, y si bien todavía no había logrado la victoria, sí se mostraba del todo dispuesto a la conquista definitiva! ¿Cambiarían de opinión sobre él? ¿Lo sentarían entre los dos y lo elogiarían? ¿Mirarían, aunque solo fuera una vez, una vez, aquellos ojos tan entregados a ellos? Preguntas inciertas, y el momento menos indicado para planteárselas.

— Vengo porque creo que el fogonero me acusa de algún tipo de deshonestidades. Una muchacha de la cocina me dijo que lo había visto de camino hacia aquí. Señor capitán, y ustedes todos, señores, estoy dispuesto a refutar cualquier acusación con mis documentos en la mano, y, si fuera ne-

cesario, mediante las declaraciones de testigos imparciales y no influidos, que están esperando ante la puerta. — Así habló Schubal. Era, desde luego, el discurso claro de un hombre, y a juzgar por el cambio en los semblantes de los oyentes, se habría podido creer que oían por primera vez en mucho tiempo sonidos verdaderamente humanos. Claro que no advertían que incluso aquel hermoso discurso tenía sus agujeros. ¿Por qué la primera palabra concreta que se le había ocurrido era «deshonestidades»? ¿No debería haber empezado la acusación más bien por sus prejuicios nacionales? Una muchacha de la cocina había visto al fogonero de camino hacia el despacho, ¿y Schubal lo había comprendido enseguida? ¿No era acaso la mala conciencia lo que le agudizaba el entendimiento? Y encima había traído consigo a los testigos, ¡y por si fuera poco los llamaba imparciales y no influidos! ¡Bellaquería, pura bellaquería! ¿Y los señores lo toleraban, y hasta lo reconocían como un comportamiento correcto? ¿Por qué había dejado pasar, sin duda, tanto tiempo entre el aviso de la muchacha de cocina y su llegada aquí, sino con el único fin de que el fogonero fatigara a los señores hasta hacerles perder poco a poco aquella clara capacidad de juicio que Schubal, sobre todo, tenía que temer? ¿No había llamado él, que sin duda llevaba ya largo rato detrás de la puerta, justo en el momento en que, a raíz de la pregunta accesoria de aquel señor, pudo confiar en que el fogonero estaba ya acabado?

Todo estaba claro, y hasta el propio Schubal, sin quererlo, lo había presentado así; pero a los señores había que mostrárselo de otro modo, de forma más palpable. Necesitaban que se les sacudiera. Así que, Karl, deprisa, aprovecha ahora al menos el tiempo, antes de que los testigos entren y lo inunden todo.

Pero justo en ese momento el capitán hizo a Schubal una señal para que se apartara, y este se hizo enseguida a un lado — pues su asunto parecía quedar aplazado por un rato — y comenzó, con el ordenanza, que enseguida se le había unido, una conversación en voz baja en la que no faltaron las miradas de reojo hacia el fogonero y Karl, ni los ademanes de la mano más convencidos. Schubal parecía estar ensayando así su próximo gran discurso.

—¿No quería usted preguntarle algo a ese joven, señor Jakob? —dijo el capitán, en medio de un silencio general, dirigiéndose al señor de la varita de bambú.

—En efecto —dijo este, inclinándose ligeramente en agradecimiento por la atención. Y volvió a preguntar a Karl—: ¿Cómo se llama usted, en realidad?

Karl, que creía que convenía a la causa principal que aquel incidente del insistente preguntón quedara resuelto pronto, respondió con brevedad, sin presentarse, como era su costumbre, mostrando el pasaporte, que primero habría tenido que buscar: —Karl Rossmann.

—Pero... —dijo el hombre al que llamaban Jakob, y retrocedió primero, sonriendo casi con incredulidad. También el capitán, el cajero jefe, el oficial de a bordo, e incluso el ordenanza, mostraron claramente un asombro desmedido por el nombre de Karl. Solo los señores de la autoridad portuaria y Schubal permanecieron indiferentes.

—Pero... —repitió el señor Jakob, y se acercó a Karl con pasos algo rígidos—, entonces yo soy tu tío Jakob, y tú eres mi querido sobrino. ¡Lo he sospechado todo el tiempo! —dijo, dirigiéndose al capitán, antes de abrazar y besar a Karl, que dejó que todo sucediera en silencio.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Karl, en cuanto se sintió liberado, muy cortésmente, pero por completo impasible, esforzándose por prever las consecuencias que aquel nuevo suceso pudiera tener para el fogonero. Por el momento, nada indicaba que Schubal pudiera sacar provecho de aquel asunto.

—Comprenda usted, joven, su buena suerte —dijo el capitán, que creía que la pregunta de Karl había herido la dignidad de la persona del señor Jakob, el cual se había colocado junto a la ventana, evidentemente para no tener que mostrar a los demás su rostro emocionado, que además se secaba con un pañuelo—. Es el senador Edward Jakob, que se le ha dado a conocer como tío suyo. Le espera ahora, por cierto muy en contra de todas sus expectativas hasta hoy, una carrera brillante. Trate de comprenderlo, lo mejor que pueda en el primer momento, ¡y serénese!

—Tengo, en efecto, un tío Jakob en América —dijo Karl, volviéndose hacia el capitán—, pero, si he entendido bien, Jakob es solo el apellido del señor senador.

—Así es —dijo el capitán, expectante.

—Pues bien, mi tío Jakob, que es hermano de mi madre, se llama Jakob de nombre de pila, mientras que su apellido, como es natural, tendría que ser el mismo que el de mi madre, que es de soltera Bendelmayer.

—¡Señores! —exclamó el senador, que regresaba animado de su puesto de reposo junto a la ventana, en respuesta a la explicación de Karl. Todos, con excepción de los funcionarios del puerto, prorrumpieron en carcajadas, unos como conmovidos, otros de manera impenetrable.

«Lo que he dicho no era en absoluto tan ridículo», pensó Karl.

—Señores —repitió el senador—, ustedes están asistiendo, en contra de mi voluntad y de la suya, a una pequeña escena familiar, y por eso no puedo dejar de darles una explicación, ya que, según creo, solo el señor capitán —esta mención tuvo como consecuencia una mutua reverencia— está plenamente informado.

«Ahora sí que tengo que prestar atención a cada palabra», se dijo Karl, y se alegró al advertir, echando una mirada de reojo, que la vida empezaba a volver a la figura del fogonero.

—Desde todos estos largos años de mi estancia en América —la palabra «estancia», por cierto, le sienta mal aquí al ciudadano americano que soy con toda el alma—, desde todos estos largos años, digo, vivo completamente separado de mis parientes europeos, por razones que, en primer lugar, no vienen al caso, y que, en segundo lugar, contarlas me exigiría de verdad demasiado. Temo incluso el momento en que quizá me vea obligado a contarlas a mi querido sobrino, momento en el que, por desgracia, no podrá evitarse una palabra franca sobre sus padres y los suyos.

«Es mi tío, sin duda», se dijo Karl, escuchando, «probablemente se ha hecho cambiar el apellido».

—A mi querido sobrino, sus padres —digamos de una vez la palabra que en verdad designa la cosa— lo apartaron sin más, como se echa a la calle a un gato cuando molesta. No quiero en absoluto disimular lo que hizo mi sobrino para merecer semejante castigo, pero su falta es de tal naturaleza que el simple hecho de nombrarla ya contiene bastante disculpa.

«Eso sí que suena bien», pensó Karl, «pero no quiero que se lo cuente a todos. Además, tampoco puede saberlo. ¿Cómo iba a saberlo?»

—Fue, en efecto —prosiguió el tío, apoyándose con pequeñas inclinaciones en la varita de bambú clavada delante de él, con lo cual conseguía en verdad quitar al asunto la solemnidad innecesaria que de otro modo habría tenido sin remedio—, fue, en efecto, seducido por una criada, Johanna Brummer, una persona de unos treinta y cinco años. No quiero con la palabra «seducido» ofender en modo alguno a mi sobrino, pero es difícil encontrar otra palabra igual de adecuada.

Karl, que ya se había acercado bastante al tío, se volvió en ese momento para leer en los rostros de los presentes la impresión que causaba el relato. Nadie reía, todos escuchaban con paciencia y seriedad. Al fin y al cabo, uno no se ríe del sobrino de un senador a la primera ocasión que se presenta. Más bien se podría haber dicho que el fogonero, aunque solo fuera un poquito, le sonreía a Karl, lo cual, en primer lugar, resultaba grato como nueva señal de vida, y en segundo lugar era disculpable, ya que Karl, en el camarote, había querido hacer de aquel asunto, ahora tan público, un secreto especial.

—Pues bien, esta Brummer —continuó el tío— tuvo de mi sobrino un hijo, un niño sano, al que en el bautismo le pusieron el nombre de Jakob, sin duda pensando en mi humilde persona, la cual, hasta en las menciones sin duda del todo incidentales de mi sobrino, debió de causarle una gran impresión a la muchacha. Por suerte, digo yo. Pues, como los padres, para evitar el pago de la pensión alimenticia o cualquier otro escándalo que pudiera alcanzarlos a ellos mismos —debo subrayar que no conozco ni las leyes de allí ni las demás circunstancias de los padres—, como ellos, digo, para evitar el pago de la pensión y el escándalo, hicieron transportar a su hijo, mi querido sobrino, a América, con un equipaje irresponsablemente insuficiente, según se puede ver, el muchacho, de no ser por los signos y prodigios que precisamente aún se dan en América, habría quedado, librado a sí mismo, del todo perdido enseguida en algún callejón del puerto de Nueva York, si aquella criada no me hubiera comunicado, en una carta dirigida a mí que, tras largas peripecias, llegó anteayer a mis manos, toda la historia junto con una descripción de mi sobrino y, muy razonablemente, también el nombre del barco. Si me lo hubiera propuesto para entretenerlos a ustedes, señores, podría leerles aquí algunos pasajes de aquella carta —sacó del bolsillo dos enormes pliegos de carta, escritos con letra apretada, y los agitó—. Sin duda causaría efecto, ya que está escrita con una astucia algo simple, aunque

siempre bienintencionada, y con mucho amor hacia el padre del niño. Pero no quiero entretenerlos más de lo necesario para la aclaración, ni tampoco herir tal vez los sentimientos que aún pueda conservar mi sobrino al recibirla, quien, si lo desea, podrá leer la carta para su instrucción en la tranquilidad de la habitación que ya lo espera.

Karl, sin embargo, no albergaba ningún sentimiento hacia aquella muchacha. En la aglomeración de un pasado cada vez más retirado, ella permanecía sentada en su cocina, junto al aparador, en cuya tabla apoyaba el codo. Lo miraba cuando él entraba de vez en cuando en la cocina a buscar un vaso de agua para su padre o a transmitir un encargo de su madre. A veces escribía una carta en aquella postura incómoda, de lado junto al aparador, y sacaba la inspiración del rostro de Karl. A veces se tapaba los ojos con la mano, y entonces ninguna palabra llegaba hasta ella. A veces se arrodillaba en su cuartito estrecho junto a la cocina y rezaba ante una cruz de madera; Karl la observaba entonces solo con timidez, al pasar, por la rendija de la puerta entreabierta. A veces corría de un lado a otro por la cocina y, riendo como una bruja, se echaba hacia atrás cuando Karl se cruzaba en su camino. A veces cerraba la puerta de la cocina cuando Karl había entrado, y sujetaba el picaporte en la mano hasta que él pedía marcharse. A veces le traía cosas que él no quería en absoluto, y se las metía en las manos en silencio. Pero una vez dijo «Karl» y, sin dejarlo aún reponerse del asombro por aquella llamada inesperada, lo condujo, entre suspiros y muecas, a su cuartito, que cerró con llave. Lo abrazó del cuello, ahogándolo, y mientras le pedía que la desnudara, en realidad lo desnudaba a él y lo tendía en su cama, como si de ahora en adelante no quisiera dejarlo a nadie más, y acariciarlo y cuidarlo hasta el fin del mundo. «¡Karl, oh, Karl mío!», exclamaba, como si lo viera y se confirmara a sí misma la posesión de él, mientras que él no veía absolutamente nada y se sentía incómodo en toda aquella ropa de cama caliente que ella parecía haber amontonado expresamente para él. Después se tendía también a su lado y quería que él le confiara algún secreto, pero él no tenía ninguno que contarle, y ella se enfadaba, en broma o en serio, lo zarandeaba, le auscultaba el corazón, le ofrecía el pecho para que él la auscultara igual, cosa a la que sin embargo no logró llevar a Karl, le apretaba el vientre desnudo contra el cuerpo, buscaba con la mano, de un modo tan repugnante que Karl sacudía la cabeza y el cuello fuera de las almohadas, entre sus piernas, le golpeaba luego el vientre contra él varias veces; a él le parecía que ella era una parte de sí mismo, y quizá por esa razón lo invadió un espantoso des-

amparo. Llorando, llegó por fin a su cama, después de que ella le deseara muchas veces volver a verlo. Eso había sido todo, y sin embargo el tío sabía sacar de ahí una gran historia. Así que la cocinera también había pensado en él, y había avisado al tío de su llegada. Eso estaba bien hecho de su parte, y él sabría recompensárselo alguna vez.

—Y ahora —exclamó el senador— quiero oír de tu boca, con franqueza, si soy tu tío o no.

—Tú eres mi tío —dijo Karl, y le besó la mano, recibiendo a cambio un beso en la frente—. Me alegro mucho de haberte encontrado, pero te equivocas si crees que mis padres solo hablan mal de ti. Pero, aparte de eso, en tu relato había algunos errores, es decir, quiero decir que en realidad no todo sucedió exactamente así. Además, tú tampoco puedes juzgar de verdad tan bien las cosas desde aquí, y creo, por lo demás, que no traerá ningún perjuicio especial que los señores hayan quedado un poco mal informados en los detalles de un asunto que, en realidad, no puede importarles mucho.

—Bien dicho —dijo el senador, y llevó a Karl ante el capitán, visiblemente interesado, y preguntó—: ¿No tengo acaso un sobrino magnífico?

—Soy feliz —dijo el capitán, con una reverencia como solo saben hacerla las personas con formación militar— de haber conocido a su sobrino, señor senador. Es un honor especial para mi barco haber podido ser el escenario de semejante encuentro. Pero el viaje en el entrepuente debió de ser muy duro; sí, quién sabe, en efecto, a quién se transporta ahí. En fin, hacemos todo lo posible para aliviar en la medida de lo posible el viaje a la gente del entrepuente, mucho más, por ejemplo, que las líneas americanas, pero convertir un viaje así en un placer, eso sí que todavía no lo hemos conseguido.

—A mí no me ha hecho ningún daño —dijo Karl.

—¡No le ha hecho ningún daño! —repitió el senador, riendo a carcajadas.

—Solo temo haber perdido mi baúl... —y con eso recordó todo lo que había ocurrido y lo que todavía quedaba por hacer, miró a su alrededor y vio a todos los presentes, mudos de respeto y de asombro, en sus antiguos puestos, con los ojos fijos en él. Solo en los funcionarios del puerto, en la medida en que sus rostros severos y satisfechos de sí mismos dejaban traslucir algo, se advertía el pesar de haber llegado en un momento tan inoportuno, y el reloj de bolsillo que ahora tenían delante era para ellos probablemente

más importante que todo lo que sucedía en la sala y que aún pudiera suceder.

El primero en expresar, después del capitán, su participación en la alegría fue, curiosamente, el fogonero. —Le felicito de todo corazón —dijo, y estrechó la mano de Karl, con lo cual quiso expresar también algo así como reconocimiento. Cuando luego quiso dirigirse con el mismo saludo también al senador, este retrocedió, como si el fogonero se excediera con ello en sus derechos; el fogonero desistió también de inmediato.

Los demás, en cambio, comprendieron entonces lo que había que hacer, y se agolparon enseguida en torno a Karl y al senador en un tumulto. Así sucedió que Karl recibió incluso una felicitación de Schubal, la aceptó y le dio las gracias por ella. Los últimos en acercarse, ya restablecida la calma, fueron los funcionarios del puerto, que dijeron un par de palabras en inglés, lo cual produjo un efecto ridículo.

El senador estaba de un humor propicio para saborear por completo aquel placer, trayendo a la memoria, para sí y para los demás, momentos más secundarios, lo cual, naturalmente, todos no solo toleraron, sino que acogieron con interés. Así, hizo notar que había anotado en su libreta las señas de identificación de Karl más destacadas mencionadas en la carta de la cocinera, para un posible uso inmediato en caso necesario. Ahora bien, durante la insoportable palabrería del fogonero, había sacado la libreta sin otro propósito que el de distraerse, y había intentado, por puro juego, relacionar las observaciones de la cocinera, ciertamente no muy precisas desde el punto de vista policial, con el aspecto de Karl. —¡Y así es como se encuentra a un sobrino! —concluyó, en un tono como si quisiera recibir otra vez felicitaciones.

—¿Qué será ahora del fogonero? —preguntó Karl, sin hacer caso del último relato del tío. Creía que, en su nueva posición, podía también decir en voz alta todo lo que pensaba.

—Al fogonero le sucederá lo que se merece —dijo el senador— y lo que el señor capitán considere oportuno. Creo que ya hemos tenido bastante, y de sobra, del fogonero, cosa en la que sin duda todos los señores presentes estarán de acuerdo conmigo.

—Eso no es lo que importa cuando se trata de una cuestión de justicia —dijo Karl. Estaba de pie entre el tío y el capitán, y creía, quizá influido por esa posición, tener la decisión en sus manos.

Y, sin embargo, el fogonero ya no parecía esperar nada más para sí. Tenía las manos medio metidas en el cinturón del pantalón, del que, por sus movimientos agitados, había asomado la franja de una camisa estampada. Eso no le importaba en absoluto: ya había expuesto todo su padecimiento, ahora que vieran también los pocos harapos que llevaba encima, y luego que se lo llevaran. Él imaginaba que el ordenanza y Schubal, siendo los dos de rango más bajo allí, deberían hacerle ese último favor. Schubal tendría entonces tranquilidad y ya no volvería a caer en la desesperación, como se había expresado el cajero jefe. El capitán podría contratar solo rumanos, en todas partes se hablaría rumano, y quizá entonces todo fuera realmente mejor. Ningún fogonero volvería a parlotear en la caja principal; solo su última palabrería se recordaría con bastante buena disposición, ya que, según había declarado expresamente el senador, había sido la causa mediata del reconocimiento del sobrino. Este sobrino, por lo demás, había intentado antes muchas veces serle útil, y por eso, mucho antes, ya le había pagado más que de sobra por su servicio en el reencuentro; al fogonero no se le ocurría en absoluto exigirle todavía algo. Por lo demás, aunque fuera el sobrino del senador, ni mucho menos era él un capitán, pero de la boca del capitán acabaría por salir la palabra funesta. —Conforme a esta opinión suya, el fogonero también procuraba no mirar hacia Karl, pero, por desgracia, en aquella habitación de enemigos no le quedaba a sus ojos otro lugar de reposo.

—No entiendas mal la situación —dijo el senador a Karl—, se trata quizá de una cuestión de justicia, pero al mismo tiempo de una cuestión de disciplina. Ambas cosas, y muy especialmente esta última, corresponden aquí al juicio del señor capitán.

—Así es —murmuró el fogonero. Quien lo advirtió y lo entendió sonrió con extrañeza.

—Nosotros, además, ya hemos entorpecido tanto al señor capitán en sus ocupaciones oficiales, que sin duda se acumulan de manera increíble precisamente ahora, con la llegada a Nueva York, que ya es hora de que abandonemos el barco, para no convertir encima, con alguna intromisión del todo innecesaria, esta insignificante riña entre dos maquinistas en todo un acon-

tecimiento. Comprendo, por lo demás, perfectamente tu modo de proceder, querido sobrino, pero precisamente eso me da el derecho de llevarte de aquí sin más tardanza.

—Haré botar enseguida un bote para usted —dijo el capitán, sin oponer, para asombro de Karl, ni la más mínima objeción a las palabras del tío, que sin duda podrían haberse considerado una autohumillación de este. El cajero jefe se precipitó hacia el escritorio y transmitió por teléfono al contra-maestre la orden del capitán.

«El tiempo apremia ya», se dijo Karl, «pero no puedo hacer nada sin ofender a todos. No puedo abandonar ahora al tío, después de que apenas acaba de reencontrarme. El capitán es cortés, sí, pero eso es todo. En materia de disciplina, ahí termina su cortesía, y el tío seguramente le ha hablado como él lo sentía en el alma. Con Schubal no quiero hablar, incluso me arrepiento de haberle dado la mano. Y toda la demás gente de aquí es paja».

Y, sumido en tales pensamientos, se acercó despacio al fogonero, le sacó del cinturón la mano derecha y la retuvo, jugueteando, entre las suyas. — ¿Por qué no dices nada? —le preguntó—. ¿Por qué te dejas hacer todo esto?

El fogonero se limitó a fruncir el ceño, como si buscara la expresión para lo que tenía que decir. Por lo demás, tenía la mirada baja, fija en la mano de Karl y la suya.

—Contigo se ha cometido una injusticia como con nadie en este barco, eso lo sé con toda certeza. —Y Karl movía los dedos de un lado a otro entre los dedos del fogonero, que miraba en derredor con los ojos brillantes, como si le sucediera una dicha que, sin embargo, deseaba que nadie le reprochara.

—Pero tienes que defenderte, decir sí y no, si no la gente no tendrá ni idea de la verdad. Tienes que prometerme que me harás caso, porque yo mismo, y esto lo temo con muchas razones, ya no podré ayudarte más. —Y entonces Karl se echó a llorar mientras besaba la mano del fogonero, y tomó aquella mano agrietada, casi sin vida, y se la apretó contra las mejillas, como un tesoro al que hay que renunciar. —Pero ya estaba también a su lado el tío senador, que lo apartó de allí, aunque solo con la más leve de las fuerzas.

— Parece que el fogonero te ha hechizado —dijo, y miró con gesto comprensivo, por encima de la cabeza de Karl, hacia el capitán—. Te sentías abandonado, entonces encontraste al fogonero y ahora le estás agradecido, lo cual es del todo loable. Pero no lo lleves demasiado lejos, aunque solo sea por mí, y aprende a comprender tu posición.

Ante la puerta se produjo un alboroto, se oyeron gritos, e incluso parecía como si alguien empujara a alguien brutalmente contra la puerta. Entró un marinero, algo desgredado, que llevaba puesto un delantal de mujer. — ¡Hay gente afuera! —gritó, y dio un codazo al aire, como si todavía estuviera entre el gentío. Por fin recobró la compostura y quiso saludar militarmente ante el capitán, pero entonces reparó en el delantal de mujer, se lo arrancó, lo tiró al suelo y exclamó—: ¡Esto sí que es repugnante, me han puesto un delantal de mujer! Pero enseguida juntó los talones y saludó. Alguien intentó reírse, pero el capitán dijo con severidad: — A eso le llamo yo buen humor. ¿Quién hay ahí fuera, pues?

— Son mis testigos —dijo Schubal, adelantándose—, ruego humildemente disculpas por su comportamiento inconveniente. Cuando la gente ha dejado atrás la travesía, a veces se vuelve como loca.

— ¡Hágalos pasar de inmediato! —ordenó el capitán, y volviéndose enseguida hacia el senador, dijo con amabilidad, pero con rapidez—: Tenga usted ahora la bondad, estimado señor senador, de seguir junto con su señor sobrino a este marinero, que los llevará al bote. No hace falta que le diga qué placer y qué honor ha supuesto para mí conocerlo personalmente, señor senador. Solo deseo tener pronto ocasión de retomar con usted, señor senador, nuestra conversación interrumpida sobre la situación de la flota americana, y quizá entonces volver a verla interrumpida de un modo tan agradable como hoy.

— Por el momento me basta con este único sobrino —dijo el tío, riendo—. Y ahora reciba usted mi mejor agradecimiento por su amabilidad, y quede con Dios. Por lo demás, no sería del todo imposible que nosotros —estrechó a Karl cariñosamente contra sí— pudiéramos, en nuestro próximo viaje a Europa, reunirnos con usted quizá durante más tiempo.

— Sería para mí un verdadero placer —dijo el capitán. Los dos señores se estrecharon la mano; Karl solo pudo tender al capitán su mano, muda y fugazmente, pues este ya estaba reclamado por las quizá quince personas que,

bajo la dirección de Schubal, entraban algo turbadas, pero muy ruidosas. El marinero pidió permiso al senador para ir delante, y luego abrió paso entre la gente para él y para Karl, que pasaron con facilidad entre aquellas personas que se inclinaban a su paso. Parecía que aquella gente, por lo demás de buen natural, tomaba la disputa de Schubal con el fogonero como una broma, cuyo carácter ridículo no cesaba ni siquiera ante el capitán. Karl reconoció entre ellos también a la moza de la cocina, Line, que, guiñándole alegremente el ojo, se ataba el delantal que le había arrojado el marinero, pues era el suyo.

Siguiendo más allá al marinero, dejaron el despacho y torcieron por un pasillo pequeño que, a los pocos pasos, los condujo a una puertecita desde la cual una escalera corta bajaba hasta el bote que habían preparado para ellos. Los marineros que estaban en el bote, al cual su guía saltó enseguida de un solo brinco, se pusieron en pie y saludaron. El senador le estaba dando a Karl precisamente una advertencia sobre cómo bajar con cuidado, cuando Karl, todavía en el peldaño más alto, prorrumpió en un llanto violento. El senador le puso la mano derecha bajo la barbilla, lo apretó con fuerza contra sí y lo acarició con la izquierda. Así bajaron despacio, peldaño a peldaño, y entraron estrechamente unidos en el bote, donde el senador escogió para Karl un buen asiento justo frente a él. A una señal del senador, los marineros apartaron el bote del barco y se pusieron enseguida a trabajar con todas sus fuerzas. Apenas se habían alejado unos metros del barco cuando Karl hizo el descubrimiento inesperado de que se encontraban justo en el lado del barco hacia el que daban las ventanas de la caja principal. Las tres ventanas estaban ocupadas por testigos de Schubal, que saludaban y hacían señas de la manera más amistosa; hasta el tío les dio las gracias, y un marinero hizo la proeza de mandar hacia arriba un beso volado sin llegar a interrumpir el remar acompasado. Era de verdad como si ya no existiera ningún fogonero. Karl miró con más atención al tío, cuyas rodillas casi rozaban las suyas, y le asaltaron dudas de si aquel hombre podría llegar a sustituir alguna vez al fogonero. También el tío esquivaba su mirada y contemplaba las olas, que hacían balancearse su bote.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB